

Tobías Wolff

El sueño de la Mujer

Traducción de Ma. Luisa Escalante y Humberto Rivas

El sofoco de la Mujer. Robert no soporta bajar las ventanillas porque el aire que se cuele dentro del coche le molesta los ojos. El ventilador está encendido, pero a muy baja velocidad porque el sonido, de igual manera, lo distrae mientras maneja. A la Mujer comienza a pesarle la cabeza y cuando empieza a dormitar, levanta los párpados en un esfuerzo voluntarioso. El calor y la humedad de la piel, le producen la sensación de estar afiebrada. Comienza a ver cosas en los largos momentos en que sus ojos están cerrados. Cosas más precisas y familiares que el húmedo cableado telefónico y el manchón de los árboles, y al hombre silencioso que ella ve mirando hacia la carretera, fijamente, cuando sus ojos están abiertos. “¿Mujer?” Repite la voz de Robert, pero ella permanece con los ojos cerrados.

Esto es la vida para él. No soporta que ella duerma mientras él no lo hace. Pero tendría una buena razón para despertarla. Nunca un motivo desagradable. Nunca. Cuando él va a solicitar un favor, siempre llama primero y deja que pase el tiempo, después insiste al día siguiente y dice que ha sido muy bueno hablar con ellos, él lo disfruta mucho, pero ha olvidado pedir el favor. No sabe por qué lo hace. Ella nunca lo ha escuchado decir una mentira, ni mejorar una historia. Cuenta las historias más aburridas. Mortales. Considera cada palabra. Considera todo. A principios de enero compra doce bolsas para la aspiradora y escribe un mes diferente en cada una, para no olvidarse de cambiarlas. Por supuesto, ella las utiliza lo más que puede, y tira las que le sobran a fin de año, de otra manera él las encontraría y lo sabría. No dice nada —sólo lo sabe. Una vez tiró siete. Se salió a hurtadillas con ellas, entre la nieve, y las arrojó a la basura.

Considerado. Todo como una cuestión de principios. Justicia para todo: amarillos, cafés, negros o blancos, son valiosos a su vista. No puede decir que no a ninguna caridad, pero se olvida enviar el dinero. Le hace preguntas a ella acerca de su propio ser: *¿Quién es esa actriz que me gusta tanto? ¿Cuál es mi pescado favorito?* Es tranquilo en cualquier circunstancia. Limpia sus lentes todo el tiempo. Brillan tanto que difícilmente puedes verle los ojos. Tiene que dormir en el lado derecho de la cama. Las sábanas tienen que ser blancas. Cualquier otro color le produce pesadillas, para no ha-

blar de las formas. Las formas podrían matarlo. Usa un casco de plástico duro cuando trabaja en casa. Pronuncia el nombre de ella centenares de veces al día. Siempre lo hace. Bajo cualquier excusa. Él ama su nombre: Mujer. Se casó con su nombre. La aprisiona en su nombre. La encarcela.

“¿Mujer?”

Lo siento, señor. La señora se ha marchado.

Ella sabe dónde está. Ella está de regreso en casa. Su padre está lejos, pero su madre está en casa, al igual que su hermana Jo. La Mujer escucha sus voces. Ella está en la cocina llenando un vaso de agua, deja que se derrame sobre sus dedos hasta que siente placer y frío. Levanta el vaso, bebe el contenido y lo vuelve a colocar en el fregadero, después camina despacio como un gato a través de la cocina y en dirección a la sala, hacia el reluciente corredor que da sobre el portal donde su madre y su hermana están sentadas. Su madre intenta levantarse y se acomoda otra vez mientras la Mujer se aleja hacia las vías del tren, se apoya sobre sus codos y mira hacia la calle, después extiende la vista más allá de los campos.

Lordalmighty es caluroso.

Pero a pesar de todo no es ardiente.

Jo está sentada con indolencia en su silla, haciendo rodar una botella de coca-cola en su frente. Yo podría morir, simplemente.

¿Tarde otra vez, Mujer?

Él vendrá.

Debe haber perdido el autobús otra vez.

Supongo.

Te apuesto que esos sardos estúpidos están molestándolo como acostumbran. Yo nunca sería un soldado.

Él estará aquí. Al menos llamará.

Yo no sería un soldado.

Nadie te lo preguntó.

Muchachas, por favor.

Me gustaría verte como soldado de cualquier manera, durmiendo todo el día y tumbada en la cama, comiendo chocolates. En tus días de menstruación. Oh, mi general, no me haga marchar, me agota. Oh, debo usar esa cosa verde, tan verde que me hace ver como una enferma, ¿no tiene una de esas cosas en rojo? ¿Por qué? Yo no puedo comer

habas, no sabe usted nada acerca de mí, ni acerca de las habas.

Vamos, Mujer...

Pero su madre está riendo y también Jo, a expensas de ella. Oh, la bondad de aquel sonido. Y de su propia voz. Como si fuera un canto. General, querido, usted sabe que no puedo disparar esa horrible cosa, ¿por qué no le pide a uno de esos viejos camaradas que lo haga por mí, a ellos les encanta disparar sus pistolas en lugar de Jo Kay.

¡Mujer!

Las tres en el portal esperando sin esperar. Autosuficientes. Nadie tiene que venir.

Pero Robert está en camino. Está apoyando su cabeza en la ventanilla del autobús y trata de recuperar el aliento. Perdió el primero, y tuvo que correr para treparse en éste porque su sargento lo culpó durante la inspección y lo obligó a que detallara la falta. El General odiaba sus agallas. Él es una ignorante basura y Robert es un hombre educado en Vermont, un ingeniero recién egresado de la universidad, que renunció a la Shell Oil, en Louisiana, para enlistarse el día en que Corea del Norte cruzó el paralelo. El único yanqui en su compañía. Robert dice que cuando llegaron al otro lado del mar, allí no había ningún yanqui más, ni ningún sureño, sólo americanos. La Mujer le gusta por creer en esto, pero ella lo imita molestándolo porque sabe que no es verdad.

Él cambió su uniforme con rapidez, pero no se vio al espejo antes de abandonar las barracas. Hay una mancha en su mejilla derecha. Grasa para el calzado. Su cara está sonrojada y sudorosa, y su camisa empapada. Mira por la ventanilla y recita un poema para sí mismo. Robert es bueno para los poemas. Tiene poemas para correr, para el entrenamiento, para irse a la cama a dormir y para cuando los sardos empiezan a deprimirlo.

Afuera la noche que me cubre
Negra como una Cueva de Polo a Polo
Doy gracias a Dios quienquiera que sea
Por mi Alma indomable.

Ése es el poema que usa para fortalecerse. Lo piensa una y otra vez, incluso cuando ellos le están gritando en la cara. Esto lo mantiene fuerte. La Mujer ríe cuando él le cuenta cosas como ésta, y él la mira un poco sorprendido y después ríe también para mostrarle que le gusta su insolencia, aunque no sea cierto. Él piensa que hace esto sólo por ser joven y consentida, y que desaparecerá si logra sacarla de esa casa y alejarla de su familia y de gente razonable y sin sentido del humor. A su tiempo él lo hará y la dejará tranquila y dignificada y respetuosa de la seriedad de la vida —la dejará convertida en una pura Dama.

Esto es lo que él piensa algunos días. La mayor parte del tiempo él no ve esperanza ninguna. Piensa llevarla a casa, a casa de su padre y cuando imagina lo que ella debe decirle, empieza a escuchar sus propias excusas y disculpas. Enton-



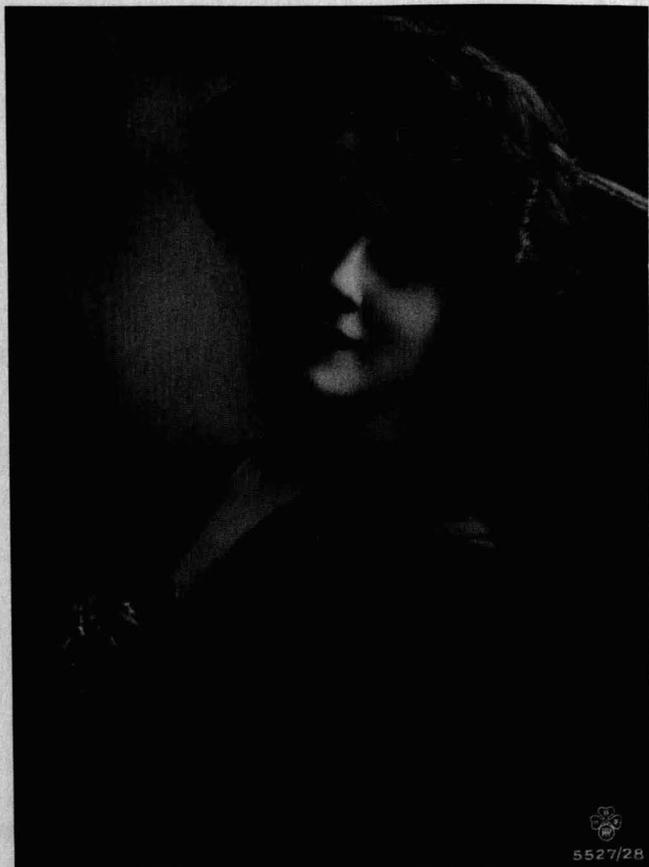
ces, comprende que eso es imposible. Robert ha aprendido algo de psicología aquí y allá, y cree comprender qué lo llevó a este desastre. Su rebelión. De forma subconsciente, por supuesto. Una rebelión subconsciente contra su padre, enamorarse de una chica como Mujer. Porque tú no te enamoras. No. La vida no es una canción. Tú escoges enamorarte. Y existe una razón para esa decisión, como hay una razón para cada decisión, si puedes llegar al fondo del asunto. Es tan simple como eso.

Robert mira por la ventanilla, pero en realidad no ve nada.

Esto es imposible. Mujer es sólo una niña, no sabe nada acerca de la vida, hay una inmadurez en ella que tardará años en corregirse. Es consentida y voluntariosa, y medio salvaje. Excepto por su lengua, la cual es por completo salvaje. Y ella es una sureña, no que exista algún problema con esto *per se*, sino que es un particular tipo de sureña. No basura, como diría ella, pero demasiado orgullosa de no serlo. Irracional. Supersticiosa. Perteneciente a un clan.

¿Y qué clan es éste? El clan Cobb. Mr. Cobb, un vendedor de arte con tirantes siempre de viaje, lleno de chistes ruidosos acerca de negras y sandías. La señora Cobb, una gran chismosa, una sollozante religiosa, contenta de vivir en los términos de sus hijas, en lugar de educarlas al nivel de la mujer, con disciplina y buenos ejemplos. Y la hermana. Jo Kay. Puedes escribir esa triste historia antes de que suceda.

Después de todo, Robert no puede imaginarse una familia mejor que los Cobbs para vengarse de su padre. Ésta debe ser la razón por la que los escogió y por la que tuvo que tomar esa decisión. Él lo inventó. Intentó decírselo la



última vez, pero no hubo oportunidad. Ahora, ya no importa, ella no lo entenderá. Llorará. Él será amable al referirse a esto. Le dirá que es una buena chica, pero muy joven. Dirá que no es justo pedirle que lo espere, ya que nadie sabe qué pasará, y luego seguirlo a un lugar donde nunca ha estado, lejos de su familia y de sus amigos.

Él le dirá a la Mujer sólo la verdad, la cual es que estaba avergonzado por haberla llevado y usado contra su padre. Ésta es su propia batalla. Él ha estado escapando de esto desde hace mucho y sabe que tiene que detenerse. Tiene que enfrentarse al hombre.

Lo hará, también, lo hará después de que regrese a casa del ejército, de esta guerra. Entonces su padre tendrá que escucharlo. Robert hará que él lo escuche. Él se lo dirá, él enfrentará a su padre y le dirá...

A Robert se le cierra la garganta y endereza la espalda. Escucha su propio aliento rápido y profundo y se pregunta si alguien más lo ha notado. Su corazón late de prisa. Tiene la boca seca. Cierra los ojos y se fuerza a respirar más despacio y más profundamente; finge calma hasta que ésta se convierte casi en realidad.

Pasan la compañía de luz y la estación Greyhound. Soldados de caras enrojecidas y con zapatos lustrosos están de pie frente a la estación, fumando. El autobús se detiene en una calle señalada con líneas y unos hombres bajan gritando y empujándose. Sólo Robert y cuatro mujeres más permanecen a bordo. Dan vuelta en Jackson y el autobús traquetea al atravesar las vías del tren y se dirige hacia el este más allá de la maderería. Unos hombres negros están cargando un ca-

mión con maderos, no llevan camisa; en la vaga luz, su piel brilla. Luego desaparecen detrás de una cerca. Robert tira del cordón para pedir su parada, detrás de él una mujer gorda con un vestido floreado, espera. La carne se mece como hamaca bajo sus brazos, y tarda toda una eternidad para descender los escalones.

El sol le lastima los ojos. Baja la visera de su gorra y camina hacia la esquina y da vuelta a la derecha. Ésta es Arsenal Street. La Mujer vive más abajo, donde la calle desemboca en los campos. El final del camino no está trazado —sólo termina de forma abrupta. Durante millas, de aquí hasta allá, no hay más que granjas. En la noche Mujer y Jo Kay roban fresas del campo que está detrás de su casa, las ponen en platos con crema fresca espesa y chocolate gratinado. Las fresas han sido cortadas durante el calor del día y se abren a la primera presión de los dientes. Robert desaprueba que se tome el fruto del trabajo de otro hombre, pero también comparte el botín. La temporada está a punto de terminar. Será afortunado si logra obtener una esta noche.

Él piensa en fresas al ver a la Mujer en el portal y justo entonces la dulzura de ese sabor le llena la boca. Esto lo sorprende. Se detiene como si recordara algo, después avanza hacia ella otra vez. Sus labios se mueven, pero él no puede escucharla, no está consciente de nada, sino del sabor de su boca, de la cercanía que viene y de la fuerza que conlleva. Su ritmo cardíaco aumenta. Extiende la mano hacia el barandal, y prácticamente devora los escalones como si eso significara devorarla a ella.

No, ella está diciendo, no. Está dirigiéndose a él y a la chica cuya vida él anhela. Ella sabe lo que le pasará si le permite obtenerla. Ahí, en este portal, con su madre y su hermana, pronto tendrán necesidad de ti. Se alegrarán los ojos de tu padre sólo por un momento. Este hombre no es para ti. Tratará de educarte con paciencia casi hasta matarte. Te pondrá con gentileza entre inflexibles extraños para que lo veas fracasar al tratar de ser valiente. Para sufrir sus cuidados, y para ver a tus hijos amargarse bajo esto y rechazar todo tipo de autoflagelación e imprudencia. Para ser transformada. Para escucharte a ti misma y no saber quién está hablando. Espera, muchacha. Espera tu oportunidad.

"¿Mujer?"

Esto no está bien. Ella no escuchará. Incluso ahora se inclina hacia él al verlo subir los escalones. Alcanza su mejilla para quitarle la mancha que él ignora que tiene ahí. Él piensa que es algo más lo que la lleva a hacer esto, y su fina y delgada cara confiesa todo, pide todo. No hay vuelta atrás después de esta caricia. Pero ella no puede ser detenida. Ella tiene sus propias ideas y sabe algo que la Mujer ignora. Ella sabe cómo amarlo.

La Mujer escucha su nombre de nuevo.

Espere, señor.

Ella bendice a la niña. Se vuelve hacia los lejanos y ondulantes campos que solía soñar, un océano, esta casa, el barco que la conduce. Le da una última e intensa mirada y abre los ojos. ◇